



Sinfónica: sin temor a los rusos

Una vez más la Orquesta Sinfónica Nacional se presentó fuera de su sede de Plaza Baquedano, nuevamente en el Teatro Municipal de Las Condes, conducida por Rodolfo Saglimbeni, su aplaudido Director Titular. Si bien la agrupación desarrolla esporádicas actividades en aquella abollada sede, hoy casi convertida en una guarida en campo minado, la complejidad del lugar ha cambiado la habitualidad de los viernes a las 19:30 al sábado a las 13:15, un horario incómodo, del que no pueden esperarse buenas asistencias. Así las cosas, cualquier “salida a terreno” de la Sinfónica despierta interés, más aún si el destino es esa sala de Apoquindo, gran aliada de éxitos recientes.

El programa ofrecido trajo una terna de obras del más imbatible gusto masivo, dos de ellas de famosísimos compositores



T.M.L.C.

Grieg, antológico, entre rusos.

rusos, a los que no hubo ningún ánimo de eludir en estos tiempos de tanta negación y vapuleo. Se partió con la obertura de “Ruslán y Ludmila” de Mikhail Glinka, que Sanglimbeni comenzó impregnando un vértigo casi ilegible a las cuerdas, pero que fue puro brillo y vitalidad, trayendo el grato encuentro con el color tan típico del sintonismo ruso.

Siguió el Concierto para piano del noruego Edvard Grieg, recibiendo como solista a Armand Abols, eximio pianista leton radicado en Chile. Junto a la experta batuta acompañante de Sanglimbeni éste ofreció una versión antológica, con un sello de seguridad y energía ejemplar en los movimientos rápidos, contrastado con altísimos vuelos de expresividad y romanticismo en la sección lenta central. El estallido de los aplausos finales generó el agregado solista de una

pieza de Enrique Soro, compositor chileno cada día más escuchado.

Para terminar, otro ruso. Llegó Modest Mussorgsky y sus “Cuadros de una exposición”, a los que la genial orquestación Maurice Ravel puso un vigor y color desbordantes, que en cada audición se advierten con alcances infinitos.

La magnífica batuta de Sanglimbeni pudo transformar la aparente calma y modestia que irradia su accionar en potentes lineamientos de verdadero maestro. La obra partió muy melódica y poco incisiva en el llamado de las trompetas (“Paseo”), pero pronto siguió visitando los cuadros por la ruta de la excelencia, colmada de los más ricos detalles, culminando con esa avasalladora “Gran Puerta de Kiev” con sonos triunfantes.